

SEIS PEQUEÑOS CUENTOS PARA
NAVIDAD Y EPIFANÍA



ÍNDICE

- CUENTO DE NOCHEBUENA.- Rubén Darío ... pág. 3
- LA MAÑANA DEL DÍA DE NAVIDAD.- Pearl S. Buck ... pág. 9
- LA LEYENDA DE LA ROSA DE NAVIDAD.- Anónimo ... pág. 15
- LA NAVIDAD ESPECIAL DE PAPÁ PANOV.- León Tolstoi ... pág. 22
- BABUSHKA GALYA.- Leyenda rusa ... pág. 28
- LOS REYES.- Juan Ramón Jiménez ... pág. 31

CUENTO DE NOCHEBUENA

Rubén Darío

El hermano Longinos de Santa María era la perla del convento. Perla es decir poco, para el caso; era un estuche, una riqueza, un algo incomparable e inencontrable: lo mismo ayudaba al docto fray Benito en sus copias, distinguiéndose en ornar de mayúsculas los manuscritos, como en la cocina hacía exhalar suaves olores a la fritanga permitida después del tiempo de ayuno; así servía de sacristán, como cultivaba las legumbres del huerto; y en maitines o vísperas, su hermosa voz de sochantre resonaba armoniosamente bajo la techumbre de la capilla. Mas su mayor mérito consistía en su maravilloso don musical; en sus manos, en sus ilustres manos de organista. Ninguno entre toda la comunidad conocía como él aquel sonoro instrumento del cual hacía brotar las notas como bandadas de aves melodiosas; ninguno como él acompañaba, como poseído por un celestial espíritu, las prosas y los himnos, y las voces sagradas del canto llano. Su eminencia el cardenal -que había visitado el convento en un día inolvidable- había bendecido al hermano, primero, abrazádole enseguida, y por último díchole una elogiosa frase latina, después de oírle tocar. Todo lo que en el hermano Longinos resaltaba, estaba iluminado por la más amable sencillez y la más inocente alegría. Cuando estaba en alguna labor, tenía siempre un himno en los labios, como sus hermanos los pajaritos de Dios. Y cuando volvía, con su alforja llena de limosnas, taloneando a la borrica, sudoroso bajo el sol, en su cara se veía un tan dulce resplandor de jovialidad, que los

campesinos salían a las puertas de sus casas, saludándole, llamándole hacia ellos: “¡Eh!, venid acá, hermano Longinos, y tomaréis un buen vaso...” Su cara la podéis ver en una tabla que se conserva en la abadía; bajo una frente noble dos ojos humildes y oscuros, la nariz un tantico levantada, en una ingenua expresión de picardía infantil, y en la boca entreabierta, la más bondadosa de las sonrisas.

Avino, pues, que un día de Navidad, Longinos fuese a la próxima aldea...; pero ¿no os he dicho nada del convento? El cual estaba situado cerca de una aldea de labradores, no muy distante de una vasta floresta, en donde, antes de la fundación del monasterio, había cenáculos de hechiceros, reuniones de hadas, y de silfos, y otras tantas cosas que favorece el poder del Bajísimo, de quien Dios nos guarde. Los vientos del cielo llevaban desde el santo edificio monacal, en la quietud de las noches o en los serenos crepúsculos, ecos misteriosos, grandes temblores sonoros..., era el órgano de Longinos que, acompañando la voz de sus hermanos en Cristo, lanzaba sus clamores benditos. Fue, pues, en un día de Navidad, y en la aldea, cuando el buen hermano se dio una palmada en la frente y exclamó, lleno de susto, impulsando a su caballería paciente y filosófica:

-¡Desgraciado de mí! ¡Si mereceré triplicar los cilicios y ponerme por toda la viada a pan y agua! ¡Cómo estarán aguardándome en el monasterio!

Era ya entrada la noche, y el religioso, después de santiguarse, se encaminó por la vía de su convento. Las sombras invadieron la Tierra. No se veía ya

el villorrio; y la montaña, negra en medio de la noche, se veía semejante a una titánica fortaleza en que habitasen gigantes y demonios.

Y fue el caso que Longinos, anda que te anda, pater y ave tras pater y ave, advirtió con sorpresa que la senda que seguía la pollina no era la misma de siempre. Con lágrimas en los ojos alzó estos al cielo, pidiéndole misericordia al Todopoderoso, cuando percibió en la oscuridad del firmamento una hermosa estrella, una hermosa estrella de color de oro, que caminaba junto con él, enviando a la tierra un delicado chorro de luz que servía de guía y de antorcha. Diole gracias al Señor por aquella maravilla, y a poco trecho, como en otro tiempo la del profeta Balaam, su cabalgadura se resistió a seguir adelante, y le dijo con clara voz de hombre mortal: ‘Considérate feliz, hermano Longinos, pues por tus virtudes has sido señalado para un premio portentoso.’ No bien había acabado de oír esto, cuando sintió un ruido, y una oleada de exquisitos aromas. Y vio venir por el mismo camino que él seguía, y guiados por la estrella que él acababa de admirar, a tres señores espléndidamente ataviados. Todos tres tenían porte e insignias reales. El delantero era rubio como el ángel Azrael; su cabellera larga se esparcía sobre sus hombros, bajo una mitra de oro constelada de piedras preciosas; su barba entretejida con perlas e hilos de oro resplandecía sobre su pecho; iba cubierto con un manto en donde estaban bordados, de riquísima manera, aves peregrinas y signos del zodiaco. Era el rey Gaspar, caballero en un bello caballo blanco. El otro, de cabellera negra, ojos también negros y profundamente brillantes, rostro semejante a los que se ven en los bajos relieves asirios, ceñía su frente con una magnífica diadema, vestía vestidos de incalculable precio, era un tanto viejo, y hubiérase dicho de él, con sólo mirarle, ser el monarca de un país misterioso y opulento, del

centro de la tierra de Asia. Era el rey Baltasar y llevaba un collar de gemas cabalístico que terminaba en un sol de fuegos de diamantes. Iba sobre un camello caparazonado y adornado al modo de Oriente. El tercero era de rostro negro y miraba con singular aire de majestad; formábanle un resplandor los rubíes y esmeraldas de su turbante. Como el más soberbio príncipe de un cuento, iba en una labrada silla de marfil y oro sobre un elefante. Era el rey Melchor. Pasaron sus majestades y tras el elefante del rey Melchor, con un no usado trotecito, la borrica del hermano Longinos, quien, lleno de mística complacencia, desgranaba las cuentas de su largo rosario.

Y sucedió que -tal como en los días del cruel Herodes- los tres coronados magos, guiados por la estrella divina, llegaron a un pesebre, en donde, como lo pintan los pintores, estaba la reina María, el santo señor José y el Dios recién nacido. Y cerca, la mula y el buey, que entibian con el calor sano de su aliento el aire frío de la noche. Baltasar, postrado, descorrió junto al niño un saco de perlas y de piedras preciosas y de polvo de oro; Gaspar en jarras doradas ofreció los más raros ungüentos; Melchor hizo su ofrenda de incienso, de marfiles y de diamantes...

Entonces, desde el fondo de su corazón, Longinos, el buen hermano Longinos, dijo al niño que sonreía:

-Señor, yo soy un pobre siervo tuyo que en su convento te sirve como puede. ¿Qué te voy a ofrecer yo, triste de mí? ¿Qué riquezas tengo, qué perfumes, qué perlas y qué diamantes? Toma, señor, mis lágrimas y mis oraciones, que es todo lo que puedo ofrendarte.

Y he aquí que los reyes de Oriente vieron brotar de los labios de Longinos las rosas de sus oraciones, cuyo olor superaba a todos los ungüentos y resinas; y caer de sus ojos copiosísimas lágrimas que se convertían en los más radiosos diamantes por obra de la superior magia del amor y de la fe; todo esto en tanto que se oía el eco de un coro de pastores en la tierra y la melodía de un coro de ángeles sobre el techo del pesebre.

Entre tanto, en el convento había la mayor desolación. Era llegada la hora del oficio. La nave de la capilla estaba iluminada por las llamas de los cirios. El abad estaba en su sitio, afligido, con su capa de ceremonia. Los frailes, la comunidad entera, se miraban con sorprendida tristeza. ¿Qué desgracia habrá acontecido al buen hermano?

¿Por qué no ha vuelto de la aldea? Y es ya la hora del oficio, y todos están en su puesto, menos quien es gloria de su monasterio, el sencillo y sublime organista... ¿Quién se atreve a ocupar su lugar? Nadie. Ninguno sabe los secretos del teclado, ninguno tiene el don armonioso de Longinos. Y como ordena el prior que se proceda a la ceremonia, sin música, todos empiezan el canto dirigiéndose a Dios llenos de una vaga tristeza... De repente, en los momentos del himno, en que el órgano debía resonar... resonó, resonó como nunca; sus bajos eran sagrados truenos; sus trompetas, excelsas voces; sus tubos todos estaban como animados por una vida incomprensible y celestial. Los monjes cantaron, cantaron, llenos del fuego del milagro; y aquella Noche Buena, los campesinos oyeron que el viento llevaba desconocidas armonías del órgano conventual, de aquel órgano que parecía tocado por manos angélicas como las delicadas y puras de la gloriosa Cecilia...

El hermano Longinos de Santa María entregó su alma a Dios poco tiempo después; murió en olor de santidad. Su cuerpo se conserva aún incorrupto, enterrado bajo el coro de la capilla, en una tumba especial labrada en mármol.

FIN



LA MAÑANA DEL DÍA DE NAVIDAD

Pearl S. Buck

Se despertó de golpe, totalmente despejado. Eran las cuatro de la mañana, la hora en que, cuando joven, su padre lo llamaba para que se levantara y le ayudara con el ordeño de las vacas. ¡Le resultaba extraño cómo los hábitos de su juventud se aferraban a él todavía! Tenía cincuenta años y su padre había muerto treinta años atrás, sin embargo, seguía despertándose a las cuatro de la mañana. Normalmente se habría dado la vuelta para dormirse de nuevo, pero al día siguiente sería Navidad y no intentó reconciliar el sueño.

¿Por qué se sentía tan despierto esa noche? Retrocedió en el tiempo. Tenía quince años y estaba en la granja de su padre. Amaba a su padre. Pero realmente no supo que lo amaba hasta que, un día antes de Navidad, a escondidas, escuchó lo que su padre le decía a su madre.

--*"Mary, no sabes como odio despertar a Rob por las mañanas. Está creciendo muy deprisa y necesita dormir. ¡Si pudieras ver lo profundamente dormido que está cuando entro en su cuarto para despertarlo! Ojalá pudiera arreglármelas solo".*

--*"Lo se, Adam, pero no puedes".* La voz de su madre era enérgica. *"Además, ya no es un crío. Es hora de que asuma su puesto."*

--*"Ya",* dijo lentamente su padre. *"Pero odio tanto despertarlo..."*

Cuando escuchó estas palabras, algo en él habló: ¡su padre lo amaba! Nunca había pensado en eso antes, dando por sentado el vínculo de sangre que les unía. Ni su padre ni su madre hablaban de amar a sus hijos; no tenían tiempo para esas cosas. Siempre había mucho que hacer en la granja.

Pero ahora que sabía que su padre lo amaba, no habría holgazanería en las mañanas ni su padre se vería obligado a llamarlo de nuevo.

Luego, en la noche —era la noche antes de Navidad de aquel año, cuando tenía quince—, al acostarse, pensó unos minutos en el día siguiente. Eran pobres, y la mayor parte de sus ilusiones para la celebración del día de Navidad estaban en el pavo que con tanto esfuerzo habían criado ellos mismos y en los pasteles de carne picada que haría su madre. Sus hermanas coserían y bordarían regalos y su madre y su padre le comprarían, como siempre, algo que necesitase, no sólo un nuevo abrigo, sino quizá algo más, como por ejemplo un libro. Él, por su parte, ahorraaba cada año y les compraba algo a cada uno.

Pero en aquella Navidad, cuando tenía quince años, deseó poder ofrecer a su padre un regalo mejor. Como de costumbre había ido a la tienda de diez centavos y le había comprado una corbata. Parecía bastante bonita... hasta la noche antes de Navidad. Esa noche miró por la ventana de su cuarto; fuera brillaban las estrellas.

--“*Papá*”, había preguntado una vez cuando era niño, “*¿Qué es un establo?*”

--“*Es sólo un granero*”, había respondido su padre, “*como el nuestro*”.

Y recordó como entonces se dio cuenta que de que Jesús había nacido en un granero, y que a un granero habían llegado los pastores...

Aquel recuerdo lo golpeó como una daga de plata. ¿Por qué no podría darle a su padre un regalo especial también, ahí fuera, en el granero? Podía levantarse temprano, antes de las cuatro de la mañana, y podía deslizarse sin ruido hasta el granero y ordeñar todo el ganado. Lo haría solo, ordeñaría y luego lo limpiaría todo, y cuando su padre entrase de madrugada a ordeñar, vería la tarea realizada. Y sabría quién habría sido. Se rio para sí mismo mientras miraba las estrellas a través de la ventana. Eso era lo que haría, y con ese propósito en su pensamiento intentó dormir.

Debió despertarse unas veinte veces, encendiendo un fósforo cada vez para mirar su viejo reloj: a medianoche, a la una y media, y luego a las dos en punto.

Finalmente, a las tres menos cuarto se levantó y se vistió. Descendió las escaleras, con mucho cuidado de no hacer ruido con las tablas crujientes, y salió. Las vacas lo miraron, somnolientas y sorprendidas. Para ellas también era temprano.

Nunca antes había ordeñado solo, pero parecía casi fácil. No dejaba de pensar en la sorpresa de su padre. Su padre iría como siempre a buscarlo y le diría que se vistiera mientras él comenzaba a hacer los preparativos. E iría al granero, abría la puerta, y luego buscaría los dos cubos para leche vacíos. Pero no estarían allí donde se guardaban, ni tampoco estarían vacíos; los encontraría en la sala de ordeñar, llenos de leche.

--“¡Qué...!”; podía oír a su padre exclamando.

Sonrió y ordeñó con una cadencia constante, con dos fuertes arroyos blancos corriendo hacia el cubo, espumosos y perfumados, cada vez...

La tarea fue más fácil de lo que nunca habría imaginado. Ordeñar esta vez no fue una complicación. Era otra cosa, era un regalo para su padre que lo amaba. Terminó, los dos cubos de leche estaban llenos; los cubrió y cerró la puerta de la sala de ordeño con cuidado, asegurándose de que el pestillo estuviese bien cerrado.

De vuelta en su habitación, sólo tuvo un minuto para quitarse la ropa en la oscuridad y saltar a la cama, porque oyó a su padre levantarse. Se cubrió la cabeza con las sábanas para silenciar su respiración agitada. La puerta se abrió.

--“¡Rob!”, dijo su padre. “*Tenemos que levantarnos, hijo, aunque sea Navidad*”.

--“Sí, claro”, dijo él, con fingida somnolencia.

La puerta se cerró y él se quedó quieto, riéndose para sí mismo. En unos minutos su padre lo sabría. Su corazón danzante estaba listo para saltar fuera de su cuerpo.

Los minutos parecían interminables -diez, quince, no sabía cuántos-, cuando, de repente, volvió a escuchar los pasos de su padre. La puerta se abrió; él estaba inmóvil, esperando.

--“¡Rob!”.

--“Sí, papá...”.

Su padre se estaba riendo, con una risa, entre extraña y sollozante.

--“*Pensaste que me engañarías, ¿verdad?*” Su padre estaba de pie junto a su cama, sintiendo por él, quitándole la sabana.

--“*¡Es por la Navidad, papá!*”.

Se echó sobre su padre y lo abrazó con fuerza. Sintió como los brazos de su padre lo rodeaban. Estaba oscuro y no podían verse las caras.

--*“Hijo, te lo agradezco. Nadie ha hecho nunca por mí algo así...”*.

--*“Oh, papá, quiero que sepas que quiero ser bueno”*. Las palabras se separaron de él por su propia voluntad. No sabía qué decir. Su corazón estaba rebosante de amor.

Se levantó y se puso la ropa de nuevo y juntos bajaron hasta el árbol de Navidad. Oh, cómo recordaba aquella Navidad, y cómo su corazón casi había estallado de nuevo con timidez y orgullo cuando su padre se lo dijo a su madre e hizo que sus hermanos más pequeños escucharan acerca de cómo él, Rob, se había levantado solo, en medio de la noche, y de lo que había hecho.

--*“El mejor regalo de Navidad que he tenido, y así lo recordaré, hijo, cada año en la mañana de Navidad, mientras viva”*.

Ambos así lo habían recordado, y ahora que su padre no estaba, lo recordaba él solo: aquel bendito amanecer de Navidad cuando, a solas con las vacas en el granero, había hecho su primer regalo de amor verdadero.

¿Y esta Navidad? Esta Navidad quería escribirle una tarjeta a su mujer y decirle cuánto la amaba; hacía mucho tiempo que no se lo decía, aunque la amaba de una manera muy especial, mucho más de lo que la había amado cuando eran jóvenes. Había tenido la suerte de que ella también lo amara así. Ah, esa era la verdadera alegría de la vida, la habilidad de amar. El amor todavía estaba vivo en él, todavía lo estaba.

De repente se le ocurrió que estaba vivo porque hacía mucho tiempo que había nacido en él, en aquella Navidad, cuando supo que su padre lo amaba. Eso fue todo: Sólo el amor puede despertar al amor. Y en esta mañana, en esta bendita mañana de Navidad, se lo mostraría a su amada esposa. Podría escribirle una carta para que ella la leyera y se la quedara para siempre. Fue a su escritorio y comenzó su carta de amor a su esposa: *“Mi más querido amor...”*.

¡Qué feliz, feliz Navidad!

FIN



LA LEYENDA DE LA ROSA DE NAVIDAD

Anónimo

Una planta ha surgido de una raíz tierna.

De Jesús, como han cantado los antiguos,

Y dio a luz una rosa,

En medio de un frío invierno,

Cuando más dura era la noche.

Isaías lo predijo, la Rosa que tengo en mente;

Es María la pura, la pequeña flor nos ha traído.

De la eterna sabiduría de Dios, ella dio a luz un hijo,

Y se mantuvo pura.

La flor, tan pequeña, cuya dulce fragancia llena el aire,

Disipa con glorioso esplendor la oscuridad en todas partes;

El verdadero hombre y Dios más verdadero, nos ayuda a salir de todas las penas,

Salva del pecado y de la muerte.

Oh Jesús, hasta que salgamos de esta miseria

Deja que tu ayuda nos guíe a la alegría,

En el Reino de tu Padre, donde eternamente te alabamos.

Oh Dios, déjanos esto.

Es ist ein Ros Entsprungen. Anónimo alemán de principios del siglo XV.

Era la noche en que nació nuestro Bendito Señor, y los ángeles habían llevado su mensaje de paz y buena voluntad a los pastores en la ladera solitaria.

La gloria de esa visión celestial había dejado a los hombres asombrados y en silencio mientras se reunían alrededor de su fuego. La noticia del nacimiento del tan buscado Rey Infantil llenó sus corazones de tanto asombro y alegría que por un momento no pudieron hablar. Pero poco después se despertaron y en voz baja comenzaron a hablar de lo que habían visto y de todo lo que significaba el mensaje de los ángeles. Seguramente había algo más que hacer: debían partir de inmediato para buscar al Rey recién nacido. Entonces comenzaron a planear cómo podrían dejar a sus ovejas de manera segura y avivaron el fuego con ramas secas para que se mantuviera el mayor tiempo posible y pudiera alejar a las bestias salvajes.

Tan concentrados estaban en sus preparativos, y tan llenos de la maravilla de aquella noche, que ninguno de ellos pensó en la pequeña que yacía en el cálido refugio, al abrigo de una roca. Era una joven pastora, que había estado ayudando a cuidar a las ovejas de su padre todo el día, y que se había echado en una cama de hojas secas para descansar, porque estaba agotada. Los demás pastores se olvidaron de ella mientras yacía a la sombra de la roca, e incluso si lo hubieran hecho, la habrían considerado demasiado joven para comprender la gloriosa visión de aquella noche estrellada.

Pero la pequeña sirvienta vio con los demás la apertura de las puertas del cielo y escuchó con ellos el mensaje de los ángeles. Con ojos maravillados había visto a esos mensajeros de paz vestidos de blanco y escuchado sus palabras. Había muchas cosas que ella no entendía, pero al menos eso sabía,

que esa noche había nacido un pequeño Bebé en el pueblo cercano, que Él era el Rey del Cielo y había traído el amor y el perdón de Dios a todos los hombres de buena voluntad.

Ahora, mientras yacía en su cálido rincón mirando crepitar las brillantes llamas y un pequeño cordero se acurrucaba a sus pies en busca de calor, solo tenía un pensamiento en su corazón: ¿Cómo podría ver a aquel Pequeño, a aquel Rey recién nacido? Muy ansiosa, observó a los pastores e intentó escuchar lo que decían. Vio que uno levantaba un cordero en sus brazos, otro tomaba un queso casero de su pequeña tienda, mientras otro cogía una hogaza de pan de cebada. Luego hubo un pequeño revuelo lejos del fuego, y vio que se estaban preparando para descender por la colina. Iban en busca del Rey, y si ella los seguía, también lo vería.

En un instante había abandonado su cálido rincón y corría veloz hacia los hombres. Rápida y silenciosamente, se arrastró detrás de ellos, tratando siempre de mantenerse fuera de su vista, a fin de que no la descubrieran y la obligaran a volver sobre sus pasos. Pero los pastores estaban demasiado ansiosos y no pensaban en otra cosa que no fuera el maravilloso destino que les esperaba, y en todo el camino, ni una vez volvieron la vista atrás, ni escucharon el leve golpeteo de aquellos pequeños pies descalzos sobre el suelo helado.

Era una noche muy fría. La luna brillaba sobre arroyos y campos cubiertos de hielo, blancos por la escarcha. No se oía ningún sonido, sino el suave suspiro del viento que pasa suavemente a través de las ramas desnudas de los árboles. No se veía una luz en ninguna de las cabañas por las que pasaban, en cuyo interior sus habitantes estaban profundamente dormidos. Pero en

lo alto, brillaba una estrella maravillosa como un globo de luz plateado, que les precedía, guiándolos a medida que avanzaban. Así que la pequeña compañía avanzó en la noche seguida de la niña, que se mantuvo valientemente atrás, aunque el suelo era duro y frío y le dolían sus pies descalzos. No fue fácil mantener el ritmo de la rápida zancada de los hombres, pero ella nunca se detuvo a descansar hasta que llegaron a Belén, dónde los pastores se pararon ante un pequeño cobertizo sobre el que brillaba la gran estrella plateada.

Allí se detuvieron y hablaron en voz baja, mientras la niña se apartaba, oculta en las sombras de las casas.

Los vio sacar de sus alforjas las cosas que habían traído, y se dio cuenta por primera vez de que eran regalos para el niño Rey. Allí estaba la hogaza de pan de cebada, el queso casero, un puñado de frutos secos y el vellón de un cordero, blanco y suave, presto para envolver las piernecitas de un bebé en aquella fría noche invernal. Además, había otras cosas, pero todas eran simples y pobres presentes, y los pastores se miraron con aire de tristeza.

—*«Hacen un pobre espectáculo»*, dijo uno con vergüenza.

—*«De hecho, son ofrendas muy simples»*, dijo otro; *«pero Él comprenderá que es lo mejor que tenemos y que se lo damos con el verdadero amor de nuestros corazones»*.

—*«Seguramente»*, dijo un tercero, *«y por pobres que sean, son mejores que nada. Sería un pecado venir con las manos vacías a saludar a nuestro Rey esta noche»*.

Esas palabras fueron oídas de la niña, y al escucharlas, toda esperanza y alegría desapareció de golpe de su corazón. Ella no tenía ningún regalo que ofrecer. Bajó la mirada hacia sus pequeñas manos vacías, bronceadas por el

sol, mientras un ahogado sollozo se elevó a través de su garganta. Si realmente fuera un pecado entrar sin un regalo, entonces ella debería quedarse fuera. Había llegado tan lejos y ansiaba tanto ver al niño Rey... y ahora todo aquel esfuerzo era inútil, pues su visión no era para ella. Tal vez si se acercaba a la puerta podría mirar cuando se abriera y atrapar la visión del Niño, aunque fuera un solo instante...

Los pastores llamaron a la puerta del establo y, cuando esta se abrió, bajaron sus cabezas con reverencia. Una voz baja y dulce les indicó que entraran. Asomándose un poco, la niña trató de mirar al interior. Allí, bajo una suave luz, vio a una bella y joven madre con la cabeza baja y detrás de ella a un buey y a un asno que se alimentaban de un pesebre bajo. La pequeña pastora trató de ver al Rey, pero los pastores arrodillados se lo impedían, y en esto estaba cuando la puerta se cerró y se quedó fuera.

Entonces sintió que su corazón se rompía. Estaba muy triste y cansada. El Rey estaba tan cerca --solo había un muro entre Él y ella--, y, sin embargo, no debía verlo. Se arrojó sobre la dura grava y enterró la cabeza entre sus brazos, mientras sus sollozos se volvían más y más fuertes y agitados y sus lágrimas humedecían el suelo.

En ese momento, la puerta se abrió y los pastores salieron con pasos lentos y reverentes. No la vieron, porque ella se había arrastrado cerca de la pared y estaba cubierta por su sombra. Cuando comenzaron su camino de regreso a casa, ella no se movió para seguirlos. Estaba demasiado cansada y triste como para importarle lo que ahora fuera a ser de ella.

Pero en ese justo instante, mientras allí yacía, y sus lágrimas brotaban y caían, una a una, de sus ojos, se fijó un momento en el suelo. ¿Qué eran esas

cosas color verde pálido que brotaban entre las grietas de las piedras? Parecían hojas brillantes. Contuvo el aliento con asombro. Lo cierto era que cada vez que caía una de sus lágrimas, la tierra helada se descongelaba y un brote comenzaba a surgir. Los brotes de color verde pálido se hicieron cada vez más altos, las hojas brillantes se desplegaron y mostraron yemas de punta rosa colgando entre ellas, que pronto se convirtieron en capullos, y casi al instante en flores con pétalos tan plateados como rayos de luna sobre la nieve brillante.

Un alegre pensamiento llegó al triste corazón de la pastorcilla: allí se encontraba el regalo que tanto anhelaba, y ella aún permanecía ante el establo donde reposaba el niño Rey. Ansiosamente extendió sus manos y juntó las flores abiertas y los capullos rosados, envueltos con una o dos hojas brillantes. Luego se acercó a la puerta y tímidamente se aventuró a golpear muy levemente. Esperó, apenas atreviéndose a respirar, pero nadie respondió, y entonces, poniendo ambas manos contra la puerta, la entreabrió un poco.

La joven madre estaba sentada en el pobre establo junto a la improvisada cama de heno en la que dormía el pequeño Rey. Ella se inclinaba sobre Él y cantaba suavemente una canción de cuna; sus ojos aún brillaban con tranquila alegría al pensar en la maravillosa historia que le habían contado aquellos pastores. De repente, sintió una corriente de aire frío y giró instintivamente la cabeza hacia la puerta del establo. Una pequeña niña estaba allí, inmóvil, con las mejillas sonrojadas en las que se adivinaban unas lágrimas que apenas estaban secas. Unos ojos amorosos se alzaron hacia los de ella, y dos pequeñísimas manos se extendieron hacia el ramo de flores nevadas.

El corazón de la joven madre comprendió de inmediato lo que el pequeño quería. Muy gentilmente llamó hacia sí a la pastorcilla y la condujo a la pequeña cama de pajas, sobre el pesebre, pidiéndole que dejara sus flores allí, entre las pequeñas manos indefensas del Rey recién nacido. La pequeña pastora se arrodilló y miró al bello Niño. Olvidó su cansancio y sus pies cansados, olvidó sus lágrimas y su desilusión, y sintió débilmente que la felicidad que llenaba su corazón viviría con ella para siempre.

Y ahora, cuando llega el invierno y los días son oscuros y las noches son largas, cuando la nieve cubre todas las flores dormidas y suenan las campanas de Navidad, las flores blancas y rosadas de las flores del Niño aparecen sobre la tierra fría y oscura. Y las llamamos las rosas de Navidad, en memoria de la pequeña pastora que no tenía otro regalo que ofrecer esa primera mañana de Navidad, sino el regalo de sus propias lágrimas.

FIN



LA NAVIDAD ESPECIAL DE PAPÁ PANOV

León Tolstoi

Era la Nochebuena, y aunque todavía no era noche, las luces habían comenzado a aparecer en las tiendas y en los hogares de una pequeña villa rusa, porque el corto día de invierno casi había terminado. Muchos niños entusiasmados corrían dentro de sus hogares y ahora, solamente sonidos ahogados de risa y plática se escuchaban detrás de las ventanas cerradas.

El viejo Papá Panov, el zapatero de la villa, salió de su tienda para dar un último vistazo. Los sonidos alegres, las luces brillantes y los olores suaves pero deliciosos de la cocina Navideña le recordaban de otras Navidades cuando su esposa todavía vivía y sus propios hijos eran pequeños. Ahora ya no estaban. Su rostro, normalmente alegre, con arrugas de sonrisa pequeñas ocultas detrás de sus anteojos de acero redondos, ahora lucía triste. Pero entró de nuevo, con un paso firme, cerró los ventanales y puso a calentar una olla de café en la estufa de carbón. Y con un suspiro, se acomodó en su sillón grande.

Papá Panov no leía con mucha frecuencia, pero esta noche, tomó la gran Biblia familiar, y leyó la historia de la Navidad, lentamente, siguiendo las líneas con un dedo. Leyó que María y José, cansados por su viaje a Belén, no encontraron posada en la aldea, de tal forma que el pequeño bebé de María nació en el establo.

--*“¡Qué pena, qué pena!”*, exclamó Papá Panov. *“¡Deberían haber venido aquí! Les hubiera dado camas y hubiera cubierto al bebé con mi colcha de parches para calentarlo”*.

Leyó sobre los reyes magos que vinieron a ver al niño Jesús, y que le llevaron regalos esplendidos. El rostro de Papá Panov se estremeció. “*No tengo regalo para darle*”, pensó tristemente.

De pronto se le iluminó la cara. Puso la Biblia sobre la mesa, se levantó y alzó sus largos brazos hacia la repisa elevada en su pequeño cuarto. Bajó una pequeña caja cubierta de polvo y la abrió. Adentro se encontraba un par de zapatos de cuero perfectos. Papá Panov sonrió con satisfacción. Sí, estaban en tan buen estado como acordaba —los mejores zapatos que había hecho—. “*Le debería dar estos*”, decidió y los guardó con mucho cuidado, y se volvió a sentar.

De pronto se sintió cansado, y mientras más leía, más sueño le daba. Las letras comenzaron a moverse y cerró los ojos por un momento. En cuestión de segundos, Papá Panov estaba dormido.

Y mientras dormía, soñaba. Soñó que alguien estaba en su cuarto y supo inmediatamente, como ocurre en los sueños, quien era esa persona. Era Jesús.

--“*Has estado deseando verme, Papá Panov*”, dijo Jesús bondadosamente. “*Búscame mañana. Será el día de Navidad y yo te visitaré. Pero observa con cuidado, pues no te diré quién soy*”.

Cuando finalmente se despertó Papá Panov, las campanas sonaban y un poco de luz se filtraba por la persiana. “*¡Mira nada más!*” dijo Papá Panov. “*¡Es el día de Navidad!*”

Se puso de pie y se estiró, pues se sentía un poco tieso. Entonces su rostro se llenó de alegría cuando recordó su sueño. Esta Navidad iba a ser muy

especial, a fin de cuentas, porque Jesús lo iba a visitar. ¿Cómo luciría? ¿Sería un pequeño bebé, como lo fue en la primera Navidad? ¿Sería un hombre mayor, un carpintero, o el gran rey que es el hijo de Dios? Papá Panov iba a tener que estar alerta todo el día para poder reconocerlo.

Papá Panov puso a calentar una olla especial de café para su desayuno navideño, abrió las persianas y miró por la ventana. La calle estaba vacía, nadie se había levantado, nadie, excepto el que barría las calles. ¡El hombre se veía tan miserable y sucio como siempre! ¿A quién le gusta trabajar el día de Navidad? ¿Y en el frío crudo y, en la neblina amargamente congeladora de esta mañana?

Papá Panov abrió la puerta de la tienda, y dejó entrar una ligera corriente de aire frío. “*¡Entra!*” le gritó con ánimo. “*¡Entra y tómate un café caliente para calentarte!*”

El barrendero lo miró y casi no podía creer lo que había escuchado. Estaba feliz de dejar la escoba y entrar al cuarto caliente. Su ropa vieja emitía vapor con el calor de la estufa y sujetó ambas manos rojas alrededor de la taza caliente y reconfortante mientras bebía.

Papá Panov lo miraba con satisfacción, pero de vez en cuando, sus ojos miraban por la ventaba. No sería bueno perderse de la visita especial.

Por fin el barrendero le preguntó, “*¿Espera a alguien?*”. Y Papá Panov le contó su sueño.

--“*Pues espero que venga*”, dijo el barrendero. “*Usted me ha dado un poco de alegría navideña que nunca me esperaba. Yo diría que usted merece que su sueño se haga realidad*”. Y el barrendero sonrió.

Cuando se había ido, Papá Panov puso a cocer una sopa de repollo para su cena y volvió a la puerta, y miró la calle. No vio a nadie. Pero se había equivocado. Alguien se acercaba.

La joven caminaba tan lentamente y con tanto silencio que, por mucho tiempo, no se dio cuenta que se acercaba. Se veía cansada y cargaba algo. Al acercarse él vio que era un bebé, envuelto en un manto delgado. Había tal tristeza en su cara y en la cara arrugada del bebé, que Papá Panov sintió compasión por ellos.

--*“Pasen adelante”*, dijo, saliendo a encontrarse con ellos. *“Ambos necesitan calentarse con el fuego y descansar”*.

La joven madre permitió que la guiara al interior, a la comodidad del sillón grande. Se sintió enormemente aliviada.

--*“Voy a calentar leche para el bebé”*, dijo Papá Panov. *“He tenido mis propios hijos. Lo puedo alimentar”*. Tomó leche de la estufa y, con cuidado, le dio de comer al bebé con una cuchara, y al mismo tiempo le calentó los pies cerca de la estufa.

--*“Necesita zapatos”*, dijo el zapatero.

Pero la joven respondió, *“No tengo para comprar zapatos y no tengo esposo que me traiga dinero. Voy de camino a la siguiente aldea para conseguir trabajo”*.

De pronto un pensamiento entró en la mente de Papá Panov. Se acordó de los pequeños zapatos que había visto la noche anterior. Pero él los había guardaba para Jesús. Volvió a mirar los pequeños pies helados y tomó una decisión.

--“*Pruebe estos*”, le dijo, entregándole el bebé y los zapatos a la madre. Los lindos zapatitos le calzaron perfectamente. La joven sonrió alegremente y él bebé borboteó con placer.

--“*Usted ha sido tan gentil con nosotros*”, dijo la joven cuando se paró con su bebé para marcharse. “*¡Espero que todos sus deseos navideños se cumplan!*”

Pero Papá Panov estaba comenzando a dudar si su deseo navideño especial se iba a cumplir. ¿Tal vez no había visto a la visita? Miró hacia un lado y otro de la calle con ansiedad. Había mucha gente, pero conocía todas las caras. Eran vecinos que iban a visitar a sus familias. Ellos le sonrieron y le desearon una ¡Feliz Navidad! Eran pordioseros —y Papá Panov se apuró a entrar para alcanzarles sopa caliente y un gran pedazo de pan, y volvió a salir para no perderse al “extraño importante”.

De pronto se oscureció. Cuando Papá Panov fue a la puerta y esforzó la vista, ya no podía distinguir a los que pasaban por la calle. La mayoría ya estaban adentro y en casa de cualquier forma. Entró lentamente una vez más a su cuarto, cerró las persianas y se sentó cansado en su gran sillón. Así que había sido solo un sueño, a fin de cuentas. Jesús no había venido. De pronto, se dio cuenta que no estaba solo en el cuarto.

Esto no era un sueño porque estaba muy despierto. Al principio parecía ver frente a sus ojos, la fila larga de gente que había venido a verlo ese día. Volvió a ver al barrendero, a la joven madre y a su bebé y a los mendigos que había alimentado. Al pasar, cada uno susurró, “*¿No me viste Papá Panov?*”

--“*¿Quién eres?*”, le pregunto a cada uno, sintiéndose perplejo.

Otra voz le contestó. Era la voz de sus sueños —la voz de Jesús.

--“*Tuve hambre y me alimentaste*”, dijo Jesús. --“*Estaba desnudo y me vestiste. Tenía frío y me calentaste. Yo vine hoy en todos los que ayudaste y a los que les diste la bienvenida*”.

De pronto hubo silencio y quietud. Solamente el sonido de tic toc del gran reloj se escuchaba. Una gran paz y alegría llenaron el cuarto, desbordando el corazón de Papá Panov de tal forma que quería empezar a cantar y a reírse y a bailar de pura alegría.

--“*¡Así que, a fin de cuentas, si vino!*”, fue lo único que dijo.

FIN



BABUSHKA GALYA

Бабушка Галья

(Leyenda rusa)

Babushka Galya era una anciana que vivía sola. Su esposo y sus hijos habían dejado este mundo y ella sólo se dedicaba a limpiar su hogar. Todo el tiempo tenía un trapo o una escoba en las manos. Tantas eran sus ansias de limpieza que pulía la basura antes de tirarla. A ella no le importaba otra cosa más que el brillo de su casa y las palabras de sus vecinos no le interesaban.

Una tarde, mientras Babushka estaba limpiando, vio como los pastores de todas las aldeas avanzaban en el camino. Nunca había visto a tantos y tampoco los había mirado tan felices. Tuvo curiosidad y salió de su casa.

— “*¿A dónde van?*” —les preguntó.

Uno de los pastores detuvo sus pasos apresurados para responderle:

— “*Todos vamos a Belén, pues ahí nació el hijo de Dios*”.

— “*¿Y qué traen en las manos?*” —volvió a preguntarle Babushka.

— “*Regalos, todos le llevamos muchos regalos*”.

Babushka Galya se sintió conmovida.

— “*Ven con nosotros* —le dijo otro de los pastores—, *vamos a ver al hijo de Dios y tú debes llevarle un regalo*”.

Babushka Galya quedó convencida y sólo le dijo que pronto los alcanzaría. La anciana comenzó a prepararse para ir a conocer al hijo de Dios. Sin

embargo, por más que lo intentaba no podía salir: la manchita de polvo que estaba en una silla la obligó a pulir todos sus muebles, la gota de agua que estaba en el piso la llevó a pulir toda la madera y, cuando creía que ya estaba todo listo, vio una mosca parada en las cortinas. Las quitó, las lavó, las planchó y volvió a colgarlas.

— *“Ahora sí —dijo Babushka Galya —, ya estoy lista para ir a conocer al hijo de Dios. Pero... ¿qué regalo debo llevarle?”*

Babushka se quedó pensando un momento y decidió que le llevaría uno de los juguetes de sus hijos. Fue al armario y los sacó. Con la mirada más cuidadosa empezó a revisarlos: este tenía una manchita insignificante, aquel tenía una mota de polvo y en uno más quizá estaban las huellas del suspiro de un gato. Babushka Galya se sentó y pasó muchos días limpiando los juguetes hasta que quedó convencida de que estaban perfectamente limpios.

— *“Ahora sí, ya me voy”* — dijo Babushka y tomó el camino que llevaba a Belén.

Durante muchas semanas estuvo caminando y, hasta donde sus fuerzas se lo permitían, apresuraba sus pasos. Sin embargo, en todo su trayecto no pudo ver a ninguno de los pastores. Babushka se había pasado seis meses limpiando antes de salir de su casa para ir a conocer al hijo de Dios.

Cuando llegó a Belén, Babushka le preguntó a la gente dónde estaba el hijo de Dios. Las señas para llegar a un establo guiaron sus pasos, pero de nada le sirvieron: el lugar estaba vacío, totalmente abandonado.

De nueva cuenta, Babushka Galya comenzó a preguntar dónde estaba el hijo de Dios. Pero ella no se había dado cuenta que se había alejado del Rey del Mundo y le había dado la espalda: si la limpieza era más importante que Él, Babushka jamás lo encontraría.

Así, hasta que el tiempo se acabe, Babushka Galya estará buscando al hijo de Dios sin poderlo hallar: sus ansias de limpieza se volvieron un pecado y su penitencia es vagar por el mundo hasta que Él vuelva y, entre tanto, y a partir de entonces, todos los 24 de diciembre, noche en la que nació Nuestro Señor, va casa por casa dejando a los niños un regalo. Ese regalo que le hubiera gustado hacer al niño Dios.

FIN



LOS REYES

Platero y yo. Capítulo 122

Juan Ramón Jiménez

¡Qué ilusión, esta noche, la de los niños, Platero! No era posible acostarlos. Al fin, el sueño los fue rindiendo: a uno, en una butaca; a otro, en el suelo, al arrimo de la chimenea; a Blanca, en una silla baja; a Pepe, en el poyo de la ventana, la cabeza sobre los clavos de la puerta, no fueran a pasar los Reyes... Y ahora, en el fondo de esta afuera de la vida, se siente como un gran corazón pleno y sano, el sueño de todos, vivo y mágico.

Antes de la cena, subí con todos. ¡Qué alboroto por la escalera, tan medrosa para ellos otras noches!

—A mí no me da miedo de la montera, Pepe; ¿y a ti?, decía Blanca, cogida muy fuerte de mi mano. Y pusimos en el balcón, entre las cidras, los zapatos de todos. Ahora, Platero, vamos a vestirnos Montemayor, tita, María Teresa, Polilla, Perico, tú y yo, con sábanas y colchas y sombreros antiguos. Y a las doce pasaremos ante la ventana de los niños en cortejo de disfraces y de luces, tocando almireces, trompetas y el caracol que está en el último cuarto. Tú irás delante conmigo, que seré Gaspar y llevaré unas barbas blancas de estopa, y llevarás, como un delantal, la bandera de Colombia, que he traído de casa de mi tío, el cónsul... Los niños, despertados de pronto, con el sueño colgado aún, en jirones, de los ojos asombrados, se asomarán en camisa a los cristales, temblorosos y maravillados. Después, seguiremos en su sueño toda la madrugada, y mañana, cuando, ya tarde, los

deslumbre el cielo azul por los postigos, subirán, a medio vestir, al balcón,
y serán dueños de todo el tesoro.

El año pasado nos reímos mucho. ¡Ya verás cómo nos vamos a divertir esta
noche, Platero, camellito mío!

FIN

